



ANTOFAGASTA
EN 100 PALABRAS

LOS 100 MEJORES CUENTOS DE
LA XI VERSIÓN DEL CONCURSO

**ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA XI VERSIÓN DEL CONCURSO**

© Fundación Plagio
Abril de 2021

Selección y Dirección de Arte | Fundación Plagio
Edición | Vicente Braithwaite
Diseño | www.triangulo.co / Josefa Méndez
Ilustraciones | Claudio Cárdenas (Casco), Mariela Paz Moyano y Hombre Hada
Portada | Alicanto, criatura mitológica del Norte de Chile, ilustrado por Natalia Gurovich

Inscripción n° 2021-A-1889 en el Departamento de Derechos Intelectuales
ISBN: 978-956-9304-40-8
Tiraje: 20.000 ejemplares
www.antofagastaen100palabras.cl
Impreso en Santiago por Aimpresores

DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

**ANTOFAGASTA
EN 100 PALABRAS**

LOS 100 MEJORES CUENTOS DE
LA XI VERSIÓN DEL CONCURSO

Este libro reúne los cien mejores cuentos que enviaron los antofagastinos y antofagastinas el 2020 a ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS. Tiene el valor de recoger bajo diferentes miradas cómo vivieron este año tan particular y difícil los habitantes de la región.

Más que nunca, durante esta pandemia hemos querido que el concurso sea ese lugar de participación ciudadana que lo caracteriza, y cuya premisa es que todos tenemos algo que decir. Todos tenemos algo que decir sobre los tiempos complejos que estamos viviendo. Y por medio de este espacio podemos hacerlo.

Como Escondida | BHP, estamos orgullosos de ser parte de un proyecto en donde se construye memoria colectiva, y donde la creatividad aporta a mejorar la calidad de vida de las comunidades.

A través de los cuentos de esta publicación sus lectores podrán encontrar inspiración para seguir contando la historia de esta región en una nueva versión de ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS.

Esperamos que disfruten este viaje a través de las palabras.

ESCONDIDA | BHP

El año 2020 nos hizo reflexionar sobre nuestra forma de relacionarnos y nos forzó a comprender el entorno que nos rodea desde otra perspectiva. Durante los últimos meses, que han sido desafiantes para todos quienes habitamos este territorio, las artes y la cultura se han presentado como una válvula de escape, en la que a través de las pantallas hemos podido encontrarnos con historias que nos han ayudado a sobrellevar la crisis.

La pasada versión de ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS fue una muestra de los tiempos que estamos viviendo. Este concurso de cuentos breves fue el primer proyecto que como Fundación Plagio tuvimos que adaptar a la contingencia y realizar en formato digital en su totalidad. A pesar de las dificultades que atravesaban miles de familias de la región, decidimos seguir adelante con esta iniciativa, que permitió que niños, jóvenes y

adultos pudieran plasmar cómo vivieron y enfrentaron los primeros meses de encierro y emergencia sanitaria.

Una vez más, la participación en el concurso y el contenido de los cuentos que podrán leer en esta selección de los cien mejores relatos nos demostraron que ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS es un espacio valorado por la comunidad, en el que es posible expresar de forma íntima y sin limitaciones las experiencias de la ciudadanía, especialmente en momentos difíciles para todos y todas.

Esperamos que este libro, ya sea en su versión física o digital, se transforme en un refugio en el que sus lectores y lectoras puedan reconocerse, dialogar y reflexionar sobre lo vivido en este último año.

FUNDACIÓN PLAGIO

**ESCONDIDA | BHP
Y FUNDACIÓN PLAGIO PRESENTAN**

ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS

**iParticipa en la nueva versión del concurso
hasta el 9 de julio de 2021!
en www.antofagastaen100palabras.cl**



**antofagasta
en 100 palabras**

La niña del cerro

Se levanta muy temprano la niña del cerro, monta su burro a gran velocidad en dirección a Taltal. Mientras se aleja del pequeño hilo de agua, se acerca a la modernidad. Es un viaje en el tiempo, bajo el implacable sol, al centro de la ciudad para vender la preciada leche de burra y así conseguir plata para alimentar a su hija con la leche de tarro fortificada que venden en el supermercado.

FLORENCIA VILLAGRA CHEPILLO, 23 años, Taltal.

Un pez fuera del agua

Un chapuzón al Balneario, un profundo nado hasta la balsa, una apnea profunda bajo las olas; capear las minúsculas olas, contemplar las aves marinas: yo y mi ser anfibio en su máxima expresión. Así soñaba mi mente mientras estaba encerrado en un bus camino a la mina.

SEBASTIÁN GALLARDO DÍAZ, 35 años, Antofagasta.

Mañanas en la Coviefi

PREMIO AL TALENTO JOVEN / PREMIO DEL PÚBLICO

Era domingo y María, la heroína de un remoto país, se adentraba en la batalla, montada en su Pegaso tornasol. Desenvainaba la espada de diamante, mientras la corona se le tambaleaba en la cabeza, para dar el golpe final a su adversaria. La victoria estaba muy cerca y María escuchaba los cánticos de aliento de su pueblo. Entonces, justo entonces, como un lejano ruido molesto al que no se le encuentra el origen, alguien gritó por un megáfono que el pan amasado estaba a seis por mil.

ANTONIA GARROTE GUERRA, 16 años, Antofagasta.

Permisos temporales individuales

Permiso Temporal Individual – Portal. Este permiso podrá ser solicitado cada vez que necesites volver a 2019.

VIVIANA SILVA PORTELA, 20 años, Antofagasta.

Mi Camaro, modelo 1915

Nací en 1906 en Mejillones. Allí mi madre me contó la historia de mi padre, «El Portugués», nacido en Setúbal, quien por amor se quedó en estas playas. Tripulante de clippers desde su niñez, hacía la carrera entre Liverpool y Mejillones en busca del apetecido salitre. Era *capehornier* (los que atraviesan a vela el Cabo de Hornos). Ya maduro, murió en 1915. La empresa, para no dejarnos sin casa, me empleó en el Ferrocarril Antofagasta-Bolivia. Edad: nueve años; empleo: estafeta; movilización: caballo. Hoy sería un Camaro de última generación, práctico, veloz; claro que también comería, patearía y relincharía.

SONIA APABLAZA CORREA, 78 años, Antofagasta.

La mascarilla

Voy a la plaza. Todos están con sus mascarillas. Cuento un chiste. Todos se ríen, pero nadie sonrío.

REBECA TAMPE CONTRERAS, 11 años, Antofagasta.

Sentencia andina

Cuando acabe el carnaval vas a seguir escuchando el golpeteo del tambor en tu pecho. Las melodías del viejo acordeón no dejarán de sonar fácilmente. Uno a uno recordarás los vasos de *ckilapana* que recibiste en casa del alférez. Las ruedas y las coplas irrumpirán en tu rutina sin ningún aviso. No tienes escapatoria. Los achaches irán a fastidiarte allá donde sea que te encuentres. Volverás a este *lickan* el próximo año, harás el correspondiente pago a la tierra y todo comenzará otra vez.

GASTÓN HINOJOSA ZÁRATE, 28 años, Calama.

Piure

Teníamos que estar listos a las ocho de la mañana en punto, dispuestos a correr pisando a los lanzadores de agua. Cada domingo significaba jugar con los mismos piures que comíamos a la hora de almuerzo. Ahora ya nada queda, ni salidas ni papá ni piures.

CARLA CHACANA ROJAS, 30 años, Antofagasta.

Añoranzas de Calama

Mi abuela enciende el bracero y pone a hervir el agua para el mate, mientras yo me sumerjo en las ramas de los viejos pimientos. El tren atraviesa la ciudad en la noche solitaria de aquellos años. El ruido maldito del principio se va normalizando con el tiempo. Las casas de color verde agua pasan inadvertidas. Balmaceda es una arteria pequeña de una ciudad aún más pequeña. Al fondo, las canchas de los Terraza se llenan de gritos y sonidos de silbato. Corremos a buscar ramitas secas para la abuela. Saltamos el canal. Espero regresar a sus brazos alguna vez.

PAULA GAONA VIVEROS, 20 años, Calama.

Chubicamata

Cuando tenía cinco o seis años le pregunté a mi tata dónde había nacido. Él me dijo que en Chuquicamata, añadiendo que ese lugar ya no existía. Yo, con mi inocencia de niña, pensé que Chuquicamata era una ciudad de Chubis que ya no existía porque se la habían comido.

FLORENCIA CAMERON VIVANCO, 14 años, Antofagasta.

El Pije

La noche tenebrosa nos envuelve con su manto negro y rosa. Salimos del Edén en parejas, oliendo a alcohol y cerveza espumosa. Nuestros pasos zigzagueantes nos hacen mirar con recelo la quebrantada acera. De repente un señor bien vestido, con un hermoso sombrero negro, nos invita a seguir bebiendo en la oscura noche del desierto, más allá, en el Oasis. Yo les quiero gritar a mis amigos: «¡No acepten, es el Pije!». Aferrada a un poste, el miedo me detiene, mis palabras se mueren en el silencio. Mis amigos desaparecen, en la brumosa noche. Es su última y mejor borrachera.

SILVIA ZUMARÁN VERAS, 72 años, Antofagasta.

El Yestay, guanaco protector de las manadas

Originario del hermoso norte de Chile, jefe de todos los demás animales, posees la particularidad de aparecer en los momentos más inesperados. Algunas veces tu apariencia no es muy agradable de ver, ya que cuando desatas tu furia contra los cazadores te muestras con una cabeza de demonio y lanzas fuego por tu feroz boca. Pero en otras oportunidades te presentas con un rostro tierno e indefenso, con esos ojos relucientes de tuna. Oh, querido Yestay, qué maravillosa criatura eres.

AGUSTINA BARRIOS ESPINOSA, 13 años, Antofagasta.

La silueta del desierto

Íbamos de excursión por el desierto del norte de Chile. Era de noche y hacía algo de frío, así que nos tuvimos que abrigar y entrar al auto. Nos pusimos a comer y a tomar algo de café, cuando de repente se me empañaron los lentes por el vapor del café. Al girar mi cabeza, pude apreciar en los cerros cómo desaparecía la silueta de una mujer adolorida que cargaba un ataúd en sus brazos.

RENATO PEÑARANDA OLIVARES, 16 años, Antofagasta.

Nombres dejados atrás

Hace dos horas que ya no quiere dar un paso más. Ya lo han regañado varias veces por pedir lo mismo. Piensa en el irresistible sabor de un Samba de fresa, que siempre ha sido su favorito. Un Cocosette, Susy, Cri-Cri, hasta un paquete de Pepito no le vendría mal, a pesar de que nunca le ha gustado mucho el sabor del queso. Ya en la última terminal en que estuvieron –antes de adentrarse en caravana a cruzar el desierto–, por más que buscó, no encontró en ninguna de las vitrinas las muchas chucherías que tanta felicidad le dan.

GASTÓN HINOJOSA ZÁRATE, 28 años, Calama.

Amor de cabaret

No debía caminar mucho para llegar a su lugar de trabajo, sólo cruzaba calle Tacna y se instalaba en su caseta con sus inseparables audífonos rojos para programar la música, animar y presentar a las estrellas del espectáculo de turno. Eran noches de entretenimiento, baile y seducción. Allí se enamoró y soñó la vida que no alcanzó a disfrutar, porque una madrugada de abril dejó de llegar y su micrófono se apagó. Comenzó así el ocaso del Gunga Dean, donde la noche sí tuvo fin.

EDUARDO ELGUETA PAZ, 46 años, Antofagasta.

Sanación ancestral

Las vecinas aguaitaban al casero Matico, que cargando su canasta llena de hierbas medicinales aparecía en el pasaje al atardecer y se daba el tiempo de escuchar cada achaque y dolencia que le contaban sus caseritas. «No todos los males son del cuerpo», les decía, mientras armaba un manajo de diferentes hierbas. «Una toma tres veces al día», les recomendaba, mientras seguía la conversación con la vecina, siempre con una sonrisa afable y atento a entregar un buen consejo. Ese era el secreto de ese misterioso hombre que aparecía cuando la tarde se tornaba de colores anaranjados, misteriosa y ancestral.

CAROLINA PIZARRO PIZARRO, 44 años, Antofagasta.

Rico rico rico

Las leyendas cuentan que era un señor de la guerra de la provincia de Shanxi, China, otros dicen que nació en el sur de Chile y hay quienes aseguran que llegó desde Perú, su poderoso carro en mano y un poco de dinero en su bolsillo. Sea cual haya sido su origen, su historia en la ciudad es una sola: siempre caminar desde Gran Vía hasta Matta, desde Matta hasta La Vega, volver por el mismo sendero y cantar con fuerza, atrayendo a la gente hambrienta con su «Lico, lico, liiiico, oh».

ALFREDO GONZÁLEZ GONZÁLEZ, 31 años, Antofagasta.

Operación Deyse

Aún recuerdo cuando sonaba insistentemente la campana en la Escuela E-56 Huanchaca. La madera antigua comenzaba a temblar como un perfecto simulador de temblores. Así, el simulacro se convertía en el momento más fantástico del trimestre: unos corrían, otros gritaban, algunos se metían debajo de la mesa, otros se deslizaban por las barandas y unos pocos seguían copiando del pizarrón, para llegar con la tarea a casa.

GUILLERMO GONZÁLEZ GUTIÉRREZ, 34 años, Antofagasta.

Esperando tu llamada

Subía las escaleras de un antiguo edificio en el centro de Antofagasta, en los años noventa. Me sentaba en una sala a esperar que la operadora me nombrara. Cuando lo hacía, apuradita y con el corazón golpeando el pecho, yo entraba a la cabina. Tomaba el auricular y decía: «Hola, amor, ¿cómo estás?».

PATRICIA SIERRALTA CAYO, 52 años, Antofagasta.

La Mujer Manguera

El Gran Circo de la Mujer Manguera había llegado al pueblo de Baquedano. El viejo camioncito recorrió todos los rincones con su perifoneo bullicioso anunciando un espectáculo nunca antes visto por ojos humanos. La función de gala prendió con público llegado de todos los rincones de la pampa. El señor Corales se paseó elegante y bigotudo para presentar a los artistas circenses. Y al final, con suspicacia alegórica, a la Mujer Manguera. Cuando apareció la viejita vendiendo mangos, el circo literalmente se vino abajo; llovieron las botellas, frutas, tachos, mangos y un canasto. La carpa ardió por los cuatro vientos.

HIGINIO CORTÉS VEGA, 66 años, Antofagasta.

Terminal pesquero

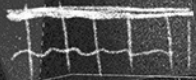
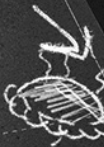
PRIMER LUGAR

Mi abuelo me llevaba siempre. El recorrido era el mismo, un tour cuidadosamente diseñado para la familia. Un ceviche, las antigüedades, los lobos y guajaches, exactamente en ese orden. La llegada era temprano, acorde a la rutina de quienes traen del mar lo que pocos y pocas pueden. Gracias a él, de nuestra costa degusté de todo; usted nómbrelo, de seguro lo he probado. Ahora que no está, su recorrido es un mapa viejo que alguna vez supe de memoria; pero su recuerdo me lleva siempre de vuelta para ver una vez más su paisaje, ahí donde descansan los botes.

BAYRON ALISTE HERRERA, 26 años, Antofagasta.

103/114/121
111✓✓

999



Los abuelos

Ckamur era una niña que vivía en un ayllu cerca de San Pedro de Atacama. Un día, mientras caminaba a su casa, se encontró con unos pedazos de arcilla –se notaba que eran pedazos de un cántaro–. Ckamur los recogió y se los llevó a su abuela. La abuela, al observarlos, le dijo que esas cosas no se deben tomar, que se deben dejar en su territorio porque si no los abuelos se enojarían. Los abuelos son aquellos ancestros que perdieron la vida pero que aún nos acompañan.

MILLARAY BARBOZA GAVIA, 12 años, San Pedro de Atacama.

Extraño mi mano. En el sur de Antofagasta se encuentra

En 1992 perdí mi mano. Se convirtió en hormigón armado, y ahora es una escultura. La extraño.

MAITE FARÍAS ROMANQUE, 12 años, Antofagasta.

Vida y contradicción

Siempre se quejaba de todo, si hacía mucho calor o si estaba muy fría la mañana. Siempre le molestaba que el Balneario estuviese lleno. Incluso se ponía furiosa si en la iglesia algún niño alzaba su voz por encima del sermón del padre. Decía que el mundo estaba perdido. Se quejaba de que la gente no tenía modales. Reclamaba que el gobierno no hacía bien su trabajo. Protestaba que los remedios eran carísimos y que la vejez era una mierda. Pero ese día, en una habitación solitaria del hospital, ella pidió vivir más.

JOSÉ ANTONIO REYES RASSE, 37 años, Antofagasta.

Realismo mágico

Nos conocimos hace años, cuando ambos estábamos en media. Yo no sabía mucho de química; ella sí. Hubo una inocente intención de seguir conversando, pero no prosperó; quizá no era el momento. Ahora que todo es distinto, nos reencontramos por casualidad, y esta vez yo sabía un poco más de química. Tomando en cuenta el contexto, nuestra primera cita fue en un supermercado con salvoconducto a mano. Reconocí inmediatamente la parte superior de su rostro. Teníamos poco tiempo y la verdad es que yo no necesitaba nada, ella tampoco. Tiempo después lograríamos al fin vernos las caras sin restricciones.

JHONNY LEYTON MATURANA, 26 años, Antofagasta.

Transformaciones forzosas

Mi habitación se ha transformado en mi aula. Los pasillos de mi casa son ahora el patio del colegio. Los recreos son mirar a la ventana y ver volar a los jotes. Mis profesores y compañeros ahora están dentro de un aparato... Lo único que deseo es no quedar reducida yo también a uno.

JOYCE GARCÍA CASTELLANOS, 20 años, Antofagasta.

92.5

La vieja radio Philips estalla a la hora de los boleros. Se vuelve a prender a la noche, cuando tocan rock and roll. Le pareciera en ocasiones que hasta Elvis Presley le hace burla cuando su abuela, ocultando tras su fachada amorosa unas imperiosas ganas de reír, le recuerda por qué la llamaron así. Ella tararea a la par con el jingle, con sorna, escapándosele por los poros: «92.5, Romina». No necesita voltearse para darse cuenta de que la mujer ya está carcajeando, no cuando sus risotadas suenan más fuertes que la propia música.

ANTONELLA VALENZUELA CODD, 16 años, Antofagasta.

Sobrevivimos

La María me llamó, quería saber cómo estaba pasando la pandemia. Le contesté que bien. La realidad era distinta: seguía gestionando para que nos devolvieran el dinero que gastamos en un tour a la V región que nunca fue porque nos subieron los pasajes del avión. Fue triste pararse frente a veinticinco Marías y decir: «Nos estafaron». No importó que fuésemos adultos mayores. Hoy sigo gestionando la devolución a las Marías. Cómo quitar la ilusión del viaje. Quizás este era para muchas el último tour que realizaríamos juntas.

MARGARITA DONOSO MORALES, 69 años, Antofagasta.

Familias congeladas en el tiempo

Anocheía en Chacabuco, vieja salitrera. Mi papá me contaba que ahí habían almas en pena. De repente escuchamos voces y susurros. Los seguimos hasta unas casitas en una de las esquinas del lugar y nos dimos cuenta de que no habían almas en pena, sino familias congeladas en el tiempo.

MARÍA FERNANDA RAMÍREZ MONJES, 14 años, Antofagasta.

Calle Condell

Se despertó una madrugada completamente ensangrentada, por allí por calle Condell. Los recuerdos le eran borrosos, y aunque intentó pedir ayuda, nadie la oyó. Al levantarse lo único que pudo ver fue su cuerpo abandonado y sin vida. Al principio se asustó, pero lentamente ese miedo se transformó en rabia e impotencia, porque sabía que aunque nadie la conociera ni supiera qué hacía su cuerpo ahí, la juzgarían por cómo iba vestida y la hora de su salida. Y cuestionarían su ira, diciendo que no, no estaba en sus días.

CAMILA ARAYA HERRERA, 15 años, Antofagasta.

Alunizaje de un terranauta en Antofagasta

Cogí mi casco y me puse el traje. Jamás pensé que sería un terranauta. Un navegante en su propio planeta. Abordé la nave y me sumergí en lo desconocido. Nunca las personas y el sol parecieron tan extraños. Extrafagastinos en su propia ciudad. Aterricé en plaza Colón. Mis pasos parecían los de un hombre que por primera vez se aventura a la vida, una vida quizás perdida. Con mis guantes emulaba el roce de las flores, a través del casco fantaseaba con su aroma arrebatante. Estuve tanto tiempo fuera del mundo, que ahora que vuelvo lo hago en un «alunizaje».

MATÍAS AGUILAR ULLOA, 22 años, Antofagasta.

¿Dónde está el león?

Un día del año 1970 nos reunimos, jóvenes revolucionarios, en una casa de la población Favorecedora. La cita tuvo una connotación especial, ya que contamos con la visita del secretario general de la Juventud Socialista. Al salir, con el corazón dispuesto a la guerrilla, sentimos a nuestras espaldas una voz potente que nos decía: «¡Cabros, entreguen el león!». Luego, a bordo de la patrulla policial, tiritando de miedo y con el alma guerrillera arrepentida, nos enteramos de lo sucedido. Estaba de aniversario la Universidad Técnica del Estado y los alumnos se habían robado el león de la plaza Colón.

PEDRO OSORIO AGUILAR, 68 años, Antofagasta.

2060

Ya han pasado cuarenta años desde la última pandemia y ahora enfrentamos una diferente. Aunque la Portada es muy linda, aunque caminar por la costanera me relaja e ir a tomar once al parque Croacia con mis amigos me divierte, extraño mi pieza y mi cama. ¡Lástima que el virus esté en las casas! Hacer cuarentena en el exterior ya me parece aburrido.

BENJAMÍN ESPINOZA MUÑOZ, 24 años, Antofagasta.

Un día de pesca

Salimos temprano y frente a la Feria de las Pulgas el Humberto compró unas papas rellenas colombianas. El Wachis llevaba un frasco lleno de pejerreyes congelados desde el día anterior y yo me hacía a la idea de estrenar mi nuevo señuelo Fujima. Próxima parada: Rinconada. Y para cuando el sol se puso, fogata y fritanga de lenguado con las luces de la Perla en el fondo.

ALFONSO REVILLARD HERNÁNDEZ, 33 años, Antofagasta.

Historia de un colectivero antofagastino

Cuando niño estudié en la Escuela Aplicación, y cuando joven compré y trabajé un auto colectivo línea 7. En un viaje, doblando la Diagonal Sur, me hizo parar un señor que se subió adelante, porque atrás iban tres señoras. Cuando partí me di cuenta de que era mi exprofesor, y con entusiasmo le pregunté: «¿No se acuerda de mí?». Me respondió: «Cómo no me voy acordar, si usted era el más porrón del curso». Avergonzado, continué: «¿Así que ganó el Colo Colo?». Las señoras que iban atrás no paraban de reír, y con sus miradas burlescas cuchicheaban entre ellas.

NELSON MARTÍNEZ MAGNATA, 75 años, Antofagasta.

Gatos pandilleros

En el hospital antiguo los gatos se reúnen para hacer un narcogatuno funeral con fuegos artificiales. Pum y arres-tados.

IGNACIA RAMOS PÉREZ, 10 años, Antofagasta.

Avenida Brasil

Mi yo pequeño recuerda venir a la avenida con mis hermanos, correr por los juegos y tratar de mover los patos de madera, amarillos como el sol de mi Perla del Norte, y tan viejos como la avenida misma. Inmóviles, pero con una sonrisa en su rostro. ¿Quién los habrá fabricado? Me acuesto en el escaso pasto, pensando y comiendo la colación que saqué del bolso de mamá: un jugo en caja y papitas. Qué felices éramos y no lo sabíamos. No soy tan grande, pero quiero cerrar mis ojos. Y regresar.

DIEGO OJEDA OLIVARES, 12 años, Antofagasta.

Anhelo

Tenía diecisiete años y ya llevaba cinco meses preso. Le pregunté qué era lo que más quería hacer cuando estuviera libre. «Conocer la playa», me respondió. Su mayor anhelo estaba a cinco cuadras de distancia.

MAIDA LE-BLANC DASÍ, 24 años, Antofagasta.

Terremoto emocional

A las tres de la madrugada siempre vienen los grandes remezones, esos que te despiertan para recordarte que estamos en cuarentena indefinida. Y que ya no podemos salir libremente al parque Croata. Ya no puedo seguir un destino sin rumbo hasta la Portada, respirar el aire, sentir el viento. Debo resignarme a despertar y correr hasta la puerta (sin olvidar la bendita mascarilla) porque está ocurriendo un terremoto. Y recién estamos a mitad de año. ¿Qué sigue ahora? ¿El asteroide? ¿Los ovnis? En el año 2020 todo puede pasar.

FRANCIA LILLO VILLARROEL, 28 años, Antofagasta.

Palomas

Se rebelaron. Ya empezó. Ya no nos tendrán miedo. Ya se tomaron las calles.

ROSCIO CAUCOTA CHAILE, 20 años, Antofagasta.

Los lobos sin mascarilla

En plena avenida Séptimo de Línea, los lobos, sin respetar cuarentena alguna, se pasean por las calles, con su vino tinto y su olor a caleta. Invisibilizados por las autoridades, se instalan con sus carpas, abajo de la Bandera Bicentenario. A las 15:18 sacan las pocas *moneas* que juntaron pal almuerzo. Cruzan la calle, llegan al terminal pesquero y se zampan sus buenos ceviches de reineta pa reponer la caña.

NATHALY AGUILERA FIGUEROA, 33 años, Antofagasta.

Los viejos

Sacaron permiso temporal para ir a la farmacia, se subieron al auto y recorrieron la ciudad por tres horas. Bajaron los vidrios y respiraron felices el breve tiempo de libertad que se inventaron.

ADRIANA AVENDAÑO VALENZUELA, 60 años, Antofagasta.

El rito

El bosque de chañares estaba lleno de susurros. La luz de Ckamur se reflejaba en las aguas del arroyo que escurría sigiloso hacia el valle. Las llamas trotaban suavemente sobre un terreno seco y empinado. La caravana subía en dirección hacia el Licancabur. Ya arriba del Tata Mallku, los likanantai prepararon sus corazones para el rito, encendieron grandes fogatas, ofrendaron coca y aloja y cantaron canciones en kunza. El yatiri trae el sacrificio. Por un instante todo se detiene, el viento aúlla, el brujo lanza el sacrificio al cráter, para su complacencia.

MAÚ VARGAS ZOCCOLILLO, 15 años, San Pedro de Atacama.

Terminal de buses de Oviedo Cavada

Desde pequeño siempre me han gustado los buses. Me llaman la atención sus colores, letras y asientos. Pero esta vez no vine a mirarlos, vine a dejar a papá. Nos sentamos a esperar la llegada del bus. De pronto se oye una voz ronca diciendo: «¡Pasajeros con destino a la minera, subir por andén 9!». Papá me mira y abraza fuertemente, dice que cuide a mamá y sube al bus. Desde abajo puedo ver sus ojos brillantes, sé que no quiere irse, pero debe hacerlo. Abraza a mamá y le digo: «Tranquila, nos veremos en siete días más».

ALONSO CASTILLO CONTRERAS, 10 años, Antofagasta.

La chascúa

Me detuve en la línea del tren. Desde atrás, una mujer con su pelo canoso al viento se acercó tratando de abrir la puerta del copiloto. De rostro enjuto y mirada sin brillo, sostenía un gato negro. Me asustó y aceleré a fondo. Miré por el retrovisor, ya no estaba. Había plenilunio cuando crucé por Pampa Unión, ahí escuché ese susurro en mí oído: «¿Aquí me bajo?». Frené en seco, no había nadie. Bajé a recobrar el aliento y a lo lejos divisé a una mujer de pelo cano seguida por un gato, corriendo al cementerio.

LUIS LACOUTURE GONZÁLEZ, 62 años, Antofagasta.

El centro del universo

Doy vueltas por Antofagasta, la orbito y a ratos caigo como meteorito, enterrándome en su desierto. Me levanto y me sumerjo en la espuma blanca de las rompientes del mar y me asomo calmo por el agujero de gusano hecho de andesita hasta salir disparado al pasado y al futuro. ¿Antofagasta gira en torno a mí? ¡Herejía! Y maduro en esta ciudad, descubro no ser el centro del universo y se me asoma Copérnico y otra vez Antofagasta es el centro de mi universo, es luz, y yo, un diminuto cuerpo celeste que la orbita aun a millardos de distancia.

ANDREA RUZ CASTILLO, 42 años, Antofagasta.

Vecinos

Mis vecinos son músicos, mis vecinos son profesores, mis vecinos son abogados, mis vecinos son deportistas, mis vecinos son actores y mis vecinos son bailarines. Gracias al encierro de cuarentena me enteré de quiénes son mis vecinos.

ESTEBAN RODRÍGUEZ ROJAS, 29 años, Antofagasta.

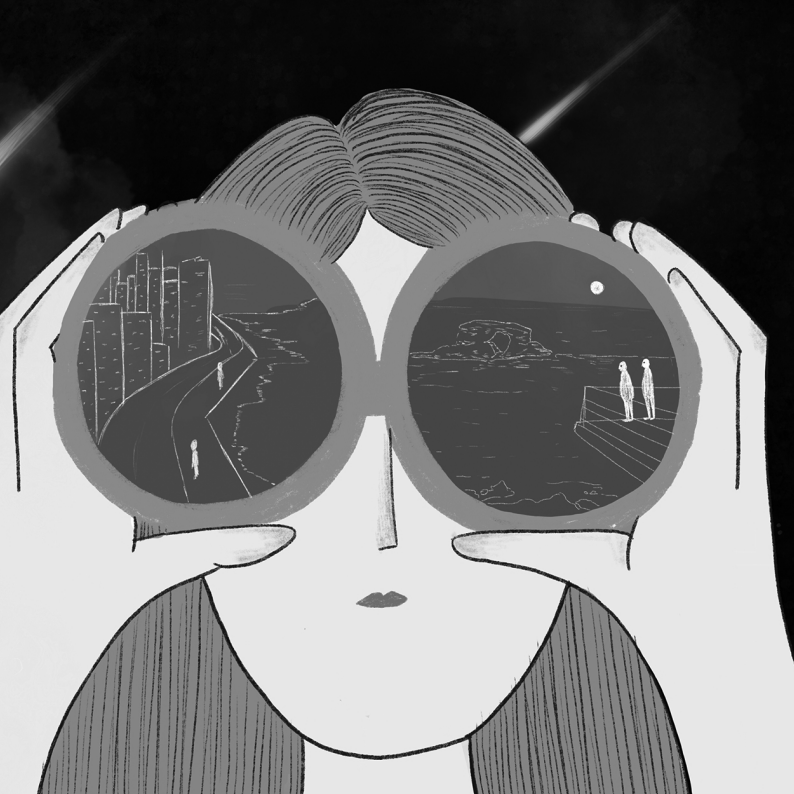
Distopía

MENCIÓN HONROSA

Después del colapso, el mundo quedó desierto. En Antofa la vida siguió igual.

MARCO TALA PINTO, 34 años, Antofagasta.

Ilustración de Mariela Paz Moyano.



Un chango llamado Juan

Dejó a su familia en Copiapó para labrar los cimientos de Antofagasta. Fue descubridor de La Chimba, de espíritu audaz y aventurero. Explotó las guaneras de Mejillones y el cobre. A la ciudad que sería después Antofagasta la llamó Peña Blanca. La historia lo relegó. Chango López terminó pobre y triste, paseando por las calles de la ciudad.

DIÓGENES RIVAS ARAYA, 65 años, Antofagasta.

Una sola regla

Las canicas, las pilladas, las carreras, corre el anillo, sol y hielo, las quemadas, los países, coleccionar boletas, hacer castillos de barro, zapatito roto, cachipún, el luche, saltar la cuerda, la sillita musical y mucho más. Todo eso a mis siete años y en la libertad de la calle. Sólo había una regla: entrar a casa a las 8 p. m. en punto.

NATALIA CASTILLO ARRIAZA, 31 años, Antofagasta.

Cirugía

Son las 8:30 a. m., comenzará el eterno trasplante. Él, medio quechua, medio atacameño, se entrega en el pabellón para ayudar. Muchos ríen, otros permanecen indiferentes; los agradecidos casi no existen. Pero aun así está dispuesto. Su madre Guadalupe lo acompaña en la quinta angustia. «Bisturí», se escucha, y calan satisfacciones ajenas en el cuerpo del mártir. Una trabajadora contempla su piel curtida, tan agreste. «Estoy bajo su profunda mirada azulina, dulce y rodeada de sales», dijo, y luego, curiosa, observó la tarjeta con el nombre que refleja los tiempos pueriles del paciente: Ckara-ama.

PAOLA OLIVARES GODOY, 36 años, Calama.

La mano del desierto

La mano del desierto pertenecía a un gigante que caminó muy cansado por nuestro desierto hasta quedarse dormido. De tanto tiempo que durmió, la arena se fue acumulando encima y sólo su mano quedó ahí.

ISABEL UGALDE SANDINO, 10 años, Antofagasta.

Carrera al fin del desierto

Llegó por el norte y entró a toda velocidad por la costanera, mirando de cuando en cuando a su adversario, que lo flanqueaba por la izquierda; iba creciendo imponente, y cada vez estaba más cerca. Entraron juntos al centro de la ciudad, sumaron patrullas en el Balneario, las dejaron atrás en Jardines del Sur, y se metieron en la recta final al mismo tiempo. Casimiro metió quinta. El auto rugió. Miró de reojo al cerro y sonrió. Salió volando en el desborde de Coloso, y entraron juntos al mar. Al otro día sacaron el auto con grúa. Estaba vacío.

MARCO TALA PINTO, 34 años, Antofagasta.

Dientes de sable

Se le puede ver a plena luz del día agazapado sobre la cuneta y en actitud de ataque. Temido por humanos y respetado por canes. Se rumorea en los bajos fondos que han sido miles los parachoques muertos bajo sus afilados colmillos.

SEBASTIÁN STEFFENS NEVEU, 37 años, Antofagasta.

Tolerancia

Cuando veo los grafitis de avenida Argentina e Isabel Riquelme me siento orgullosa de que la nueva moda sea la tolerancia, el respeto y la dignidad.

FRANCISCA SAÁ PÉREZ, 12 años, Antofagasta.

Tulio reflectante

Tulio camina confiado de que sus cuatro patas lo llevarán donde su nariz lo indique. Toma desayuno al costado del carrito de mote con huesillo en la caleta, porque siempre sobran pedazos de empanada a esa hora. Almuerza en el mercado, donde la señora María, quien sagradamente le guarda las sobras. Descansa a media tarde junto al reloj de la plaza Colón, para luego hacer lucir su imponente chaleco reflectante frente a los clientes de los cafés de calle Prat. Sabe que cayendo el sol todos lo notarán más y nadie podrá ignorar su dulce mirada. Algún pedacito caerá.

MARISOL ADONES VILLALOBOS, 39 años, Antofagasta.

Bomberos, chicos buenos

Papi, ¿por qué dejan pasar al carro rojo y se pelean con los verdes?

FERNANDA GAROTTI DÍAZ, 8 años, Antofagasta.

Jardín de papel

PREMIO AL TALENTO INFANTIL

En mis sueños de papel tengo un jardín de papel lleno de flores y langostas de papel. Las orugas de papel se mojan con el agua y se secan al sol, que es de papel. Si las flores son cardenales o claveles, no lo sé, pero me gustaría que también fueran de papel.

MAITE OJEDA OLIVARES, 10 años, Antofagasta.

Pelaje propio

Se levanta el atardecer ante la tierra desértica. El zorro, oculto entre los juncos, abre sus feroces ojos, avista al cazador y corre. La luna alcanza a ambos en la ribera del río Loa. Atemorizado, el animal cierra sus ojos esperando no ser encontrado, cuando repentinamente un brillo lo trae de vuelta. Alza su mirada al cielo, donde el alicanto extiende su vuelo dorado, opacando al anochecer. La mirada del sanguinario cazador ya no está puesta sobre él, así que huye. Agradece a aquella criatura de interminable luz que este no sea su momento y su pelaje siga siendo suyo.

CHERYL CISTERNAS CORTÉS, 18 años, Calama.

Ampolletas para calcetines

La abuela lavaba todos los calcetines el día sábado. El día domingo separaba los calcetines rotos de mi abuelo, los de mi tío y los míos. Se sentaba con una aguja, hilo y una ampolleta. Metía la ampolleta en los calcetines y se ponía a remendar o zurcir. Al final duraban hartos los calcetines de 70 watts.

RAFAEL AVENDAÑO MELÉNDEZ, 62 años, Tocopilla.

Ansiedad en cuarentena

El sonido del mar la despierta, pastilla, se levanta cansada al baño, pastilla, toma desayuno intentando disfrutar el sol, pastilla, empieza las clases virtuales, pero antes otra pastilla. Sin apetito almuerza anhelando una salida a la costanera, nada más. Duerme una siesta en la tarde para no pensar. Estudia con manos temblorosas y corazón agitado, pastilla. Mientras se alista para dormir, su mente imagina lo que podría pasar si el centro siguiera lleno de gente y el mercado funcionara normal, pastilla.

CAMILA FERNÁNDEZ NARA, 19 años, Antofagasta.

Postes de luz

Cuando era pequeño, y estaba bajo la luz naranja que vomitaban los postes de luz, a veces sentía que éstos se encorvaban para acercarse mejor, como si intentaran verme o agarrarme de alguna manera. Ahora, de grande, ya no temo a esas figuras altas y raquíticas, simplemente camino más rápido y disimulo mejor.

MATÍAS AGUIRRE DÍAZ, 16 años, Antofagasta.

Un día de terror en el desierto

Cierto día, un padre y su hijo viajaban en su camioneta hasta la oficina salitrera Chacabuco. Luego de varias horas de viaje, decidieron detenerse para comer algo. Mientras comían, un gran perro negro se acercó a ellos. El animal era imponente, generaba temor, pero nunca fue agresivo. Las personas estaban sorprendidas de encontrarse con un ser vivo en pleno desierto, por lo que era difícil imaginar su procedencia. Cuando el niño intentó darle comida, el perro caminó detrás de la camioneta y desapareció, dejándolo a él y a su padre muy asustados.

BENJAMÍN ROJAS VÉLIZ, 12 años, Antofagasta.

No me dejes

Muchos cuentan que, por las noches, en la pampa se oyen los aullidos de los perros abandonados. Pero yo sé la verdad. Esa cosa que oyen no son perros. Es un ser grotesco que de sólo recordarlo me da escalofríos. Parece estar hecho de trozos de carne putrefacta, huesos conectados de formas que no sabía que fueran posibles, pieles de diferentes animales. Lo vi mientras corría. Él me siguió, aullando. Pero eso no fue lo peor; lo peor fue cuando en medio de sus quejidos escuché: «No me dejes».

BASTIÁN TAPIA RAMOS, 16 años, María Elena.

La paloma de la plaza

Cada día sobrevuelo y desciendo sobre mi lugar favorito de la ciudad. Me encanta sentir la leve brisa marina que puedo respirar en la plaza Colón. Siempre leal y exacto, allí el gran reloj le recuerda a la gente que el tiempo vuela y los despreocupados niños corren hacia la pileta. Observo diariamente rostros ya conocidos, algunos caminando con impaciencia, al parecer indiferentes al bello entorno y a las amables señoras que ofrecen a quien acepte un mensaje del Creador. Pero a quien espero es a mi longevo amigo, quien comparte conmigo sus migajas y hoy no llegó.

ELIZABETH DÍAZ DÍAZ, 46 años, Antofagasta.

La foto del tren

¿Están discutiendo? ¿Están hablando? ¿Les piden la orden? ¿Por qué están así las personas? ¿Qué está pasando realmente?

NOEMI FUENTES ESPINOZA, 11 años, Antofagasta.

Duda carcelaria

En esta particular zona de Antofagasta, a un grito de la penitenciaría de mujeres, uno se encuentra condenado a escuchar. Ayer, por ejemplo, ¿escuché once veces «tengo hambre»? ¿Y veintitrés veces «contéstame»? En estos momentos, tengo la legítima duda de qué agradecerían más: una comida o una respuesta.

HANS INTVEEN PÉREZ, 46 años, Antofagasta.

La 14

Cuando le dije a mi madre que me iba, ella no dijo nada, sólo me miró fijamente con pena y rabia, se dio vuelta y salió al patio. Sentí arrepentimiento y culpa, pero no daría paso atrás, estaba decidido. El día llegó, entré a su pieza. Estaba despierta, con la mirada perdida en la pared; nuevamente no habló. «¡Bueno, volveré pronto!», dije. ¡Ella sabía que no sería así! Ya en la vereda escuché su voz desde la puerta entreabierta: «Te eché dos sándwiches, una Coca y la parca en el bolso, y la 14 te deja más cerca del terminal».

ORIEL MORALES HONORES, 57 años, Calama.

Mirando los cerros

Después de cada clase, miro los cerros. Luego de tocar música, miro los cerros. Después de comer, miro los cerros, y me pregunto: «¿Qué tan lejos quedan? ¿Estarán más cerca de Antofagasta o de Chuquicamata? ¿Serán cálidos o helados?». Eso lo sabré cuando acabe la cuarentena. Entonces visitaré los cerros, jugaré con la nieve que ahí se acomoda y desde ellos miraré todo Calama, recorreré la carretera y los disfrutaré con mi familia. Por mientras, disfrutaré su amplia vista desde mi casa y seré feliz observando su altura y sus cumbres cubiertas de nieve. Seguiré mirando los cerros.

CAMILA GONZÁLEZ ARACENA, 11 años, Calama.

Pesca taltalina

Las gaviotas traen secretos de tierras lejanas a los mariscadores de piel quemada en esas tardes desganadas en la lancha, frente a la pequeña ciudad. Graznidos ensordecedores llegan a sus oídos, pero no los escuchan durante el ajeteo de la extracción de una huidiza albacora. Cuando hay calma, cuando alcanzan a recoger el sombrero de pescador que se cae al agua, contemplan el mecer de las olas bajo el sol canicular. No prestan mucha atención a los chismes de sus compañeros alados, porque tienen todo lo que necesitan ahí, donde el puerto es tranquilo y el mar impío, algo contradictorio.

ANTONELLA VALENZUELA CODD, 16 años, Antofagasta.

El cerro

La niña se bajó corriendo de la micro rumbo al cerro, con su madre llamándola desde atrás. Los perros del campamento aparecieron tras la curva, la última asfaltada, y saltaron al ver a la niña. La voz de la madre quedó tapada por la cumbia procedente del interior de una de las mediatras de los vecinos. Se detuvo a recuperar el aliento, llevándose las manos llenas de bolsas a las caderas. Se irguió, girándose para contemplar la ciudad tras ella, a sus pies. Pensó en lo cómodo que sería vivir en una de esas torres con ascensores.

IRENE PLANCHUELO GÓMEZ, 28 años, Antofagasta.

Melancolía en Melbourne

Pasar por la avenida Brasil y mirar el pequeño espacio de esa casita ausente es abrir mi imaginación y dirigirla directamente a 1880. Huele a rosas, se escuchan risas y se puede ver a un chileno enamorando a una británica recién llegada. Observan el atardecer, sentados en el muelle recién inaugurado, susurrándose secretos que morirán con ellos. Envejecen juntos, miran cómo la antigua Antofagasta es reemplazada por edificios e industrias y todo rastro de ellos es borrado, como su casa en avenida Brasil.

ISHKA GUERRA CABEZAS, 17 años, Antofagasta.

Mar azul, mar cobrizo

MENCIÓN HONROSA

El desierto es un mar que no conocía. Antes, mi mundo llegaba más al sur, era plano, y al llegar al límite, el abismo. Un día me aventuré a ir más allá. Y de azul, el mar se tornó cobrizo. Mundo nuevo, pero no redondo como decían, ni se acaba ni se seca, por más agua que le eche. Eso sí, las olas son enormes; en días normales voy de cresta en cresta, de tres mil a cinco mil de altura. Y lo peor es que las mejores pescas están allá, en el fondo de la cima.

CLAUDIO RIVEROS ROMÁN, 51 años, Antofagasta.



¿Encerrada?

Y fue gracias a la pandemia que pude conocer Antofagasta desde mi ventana.

JOYCE GARCÍA CASTELLANOS, 20 años, Antofagasta.

Banda sonora

Siempre me pegaba a la ventana cuando la micro doblaba en Montevideo con Cautín. Sentado en la vereda, un flaco morocho, con un mini afro y un personal estéreo, enajenado percusionaba en el aire, a ojos cerrados y mano limpia, la banda sonora de su vida. Cada vez, mientras la micro giraba, imaginaba que lograría escuchar lo que estaba tocando. ¿Alguien lo escuchó? Yo no, pero tenía un tempo apasionado. A mí me parecía un verdadero solista, aunque en la calle «es loquito», la gente decía. ¿Quedan veredas libres pa meterle la misma locura al concierto del día a día?

ÓSCAR VÉLIZ GARCÍA, 39 años, Antofagasta.

El Divo

Juan Gabriel está escondido en Antofagasta. Para envejecer, buscó un lugar que no se pareciera a Parícutaro, Michoacán. Las pocas veces que sale de casa, se toma un café con Rivera Letelier y hablan de rancheras en plena calle Prat. Estar en medio del bullicio de la gente le devuelve por unos minutos la sensación de subir al escenario. Es que la soledad, a él no le sienta nada bien.

CARLOS NOEMI BORDOLI, 43 años, Antofagasta.

Tren FCAB

Por las mañanas veo pasar el tren cargado de cobre y polvo silbando por los rieles. ¿Hasta dónde llegará? Levanto la mano para saludar al conductor con la esperanza de que algún día pare y me deje subir.

DIEGO OJEDA OLIVARES, 12 años, Antofagasta.

Antofagastino

Mi nombre es Matías, vivo en Antofagasta. Aquí es donde nací, de modo que soy antofagastino. No es mérito mío; algunos nacen en el sur y son sureños, otros nacen en el norte y son nortinos. En casa tenemos un retrato de mis abuelos, allí se ve a mi abuelo muy joven, en una oficina salitrera, junto a una muchacha. El abuelo y la abuela desde la pared nos miran de tal forma que parecen observar nuestra vida. Mi padre dice que nos preguntan si somos felices.

CRISTIAN MUÑOZ TORRES, 60 años, Antofagasta.

¿Y las palomas?

Mi padre vivía al lado del Hospital Clínico de la UA, el hospital antiguo de Antofagasta. Durante dos años le dio migas de pan a las palomas. A diario. Cinco hallullas despedazadas para cuarenta palomas. Él se distraía mientras las aves se alimentaban. Todos ganaban. En abril, mi padre sufrió un infarto. No pueden operarlo porque tienen que haber camas disponibles para los pacientes covid. Ahora vive en un departamento, cerca del hospital nuevo, en caso de alguna emergencia. Sólo esperamos que lo operen pronto. Ya es el mes de la patria y nadie ha pensado en las palomas.

LUIS VERGARA CARVALLO, 34 años, Antofagasta.

Camino al trabajo

Si pienso en mi abuelo, pienso en él caminando. A su ritmo avejentado, caminando hacia el trabajo. Trabajó de conserje y jardinero, reparó líneas férreas, fue capataz en el puerto. Iba siempre de trabajo en trabajo, porque no le gustaba quedarse en la casa sentado. En el parque Japonés de avenida Angamos lo pillamos un día regando, sonriendo y caminando a saludarnos. Llevaba consigo un pequeño diario y sus páginas entintadas con antaño. Cuando sintió vecina su muerte, ¿quemó aquel memorando? El tata quería llevarse consigo sus recuerdos, los detalles de su tiempo caminando.

GONZALO CAQUISANE CANOBRA, 26 años, Antofagasta.

Mi tata

Suena el despertador a las dos de la tarde, se levanta con ojeras marcadas y ojos cansados, pero siempre con una sonrisa en su rostro. Se baña, almuerza, se sienta a ver la tele junto al café de la tarde y se prepara para el turno de la noche. Llueva o truene, haga frío o calor, y hasta en medio de una pandemia, trabaja. Mi abuelo, trabaja.

CAMILA FERNÁNDEZ NARA, 19 años, Antofagasta.

Metamorfosis-19

Comencé durmiendo en diferentes lados de la casa. En el sillón, dentro del clóset, junto a la puerta. Al final, me quedé cómodo bajo la mesa. Dejé de comer, y empecé a fagocitar. Dejé de hablar, y comencé a gruñir. Con los días, el cabello se me había vuelto gris, y mis ojos no eran más que esferas negras. Cuando comenzaba a sentir una protuberancia bajo la espalda, anunciaron el fin de la cuarentena. Por la ventana vi a la gente salir de sus casas, pero para mí ya era demasiado tarde. Esa noche dormiría en las alcantarillas de Antofagasta.

CARLOS RENDÓN BEJARANO, 25 años, Antofagasta.

Futuro

Cuando el litio finalmente sea utilizado en autos voladores, podré decir que por fin entiendo por qué el ancla está al revés.

JEREMY NARVÁEZ MARDONES, 17 años, Antofagasta.

Corridas callejeras

«¡Están en Ossa!», y subíamos corriendo hasta 14. «¡Doblaron por Sucre!», y corríamos hacia el sur. «¡Se bajaron en Argentina!», y volvíamos a subir. «¿Dónde estoy?», me preguntaba mi amigo por teléfono, y yo, agitada, le decía: «En Esmeralda, entre Maipú y Uribe». Quién diría que gracias al estallido me terminaría aprendiendo las calles de esta ciudad.

DANIELA CHRISTIE MURIEL, 22 años, Antofagasta.

Casita en la carretera

Viajaban en silencio, impresionados por el desolado paisaje desértico, decorado con escasa vegetación y pequeñas construcciones al costado de la carretera, similares a casitas de muñecas. En el ímpetu de la juventud decidieron probar la fuerza del jeep nuevo por aquellas llanuras y dunas. Entre zigzagueantes movimientos, aquella noche nebulosa terminaron colocando la primera piedra de su propia animita.

MARÍA REYES ESCOBAR, 43 años, Antofagasta.

La foto blanco y negro en la pared

Al vecino de la población Lautaro lo recuerdo en blanco y negro, con su cara pálida y sombrero oscuro. El abuelo vestía siempre formal, dice mi mami Angélica; y era delgado cual lobo solitario, dice mi papá. Sus ojos negros transmiten pena y su postura cierta tranquilidad. A menudo suelen preguntar «¿Quién es el?». Él es mi abuelo, responde mi papá, a quien la vida no lo dejó vivir y la pena lo hizo partir. El abuelo, a quien aún espero que la vida me devuelva. El abuelo, a quien recuerdo en blanco y negro.

YANIRA MUÑOZ CORDERO, 24 años, Antofagasta.

Pan del desierto

MENCIÓN HONROSA

Es un día martes, nada especial. Un campamento minero, como lo es Chuquicamata, para algunos es sólo una tierra de obreros; para mí, es algo singular. Muchos niños de mi edad esperan que lleguen sus padres de la mina para poder tomar el té junto a ellos. Yo espero junto a mis hermanos a que lleguen nuestros padres de la pulpería y que traigan el pan del desierto, tan caliente como si estuviera recién sacado del horno, y tan crujiente que las migas se asemejan a los granos de tierra que arropan al desierto ante la pasión del sol.

FERNANDO OLIVAREZ EGAÑA, 18 años, Calama.

Las casas con forma de olvido

En el tiempo donde no había cuarentena, yo con mi familia salíamos a dar vueltas por la ciudad y pasábamos por lugares abandonados, según yo. Siempre me preguntaba qué había dentro de esos lugares extraños que no combinan con nada: monstruos, invierno, algo de verano o simplemente nada, o sólo las historias que guardan las casas olvidadas de Antofagasta.

DIEGO QUILILONGO BAHAMONDES, 11 años, Antofagasta.

Sairi

Viene la lluvia bajando por la puna. La señora María en Socaire mira al cielo, eleva sus manos y canta, aplaudiendo: «Sairi-sairi-sairiiii». Las nubes se juntan y cae la agüita de vida. Los apus y achachilas agradecen. Pero el Gran Salar sólo llora.

LORETO URBANO BARRIENTOS, 40 años, San Pedro de Atacama.

El chico de las conchas

«¡Arriba, papito!», recuerdo oírlo al bailar. ¿Dónde estás, Pedrito? Cuarenta años haciendo respirar melodías de cumbia, traqueteando las conchas de almejas en calle Prat, pero hoy no te encuentro. Miro y miro por la calle; hay otras personas y otros sonidos, pero no te veo. «¡No busque más, amigo!», tristemente siento que alguien me dice, «El Chico con la cumbia se jué pal cielo». Me rasco la cabeza y guardo dos monedas de a cien, rezando una plegaria.

HUGO MORA CARTAGENA, 67 años, Antofagasta.

Un día en el desierto

Detrás de la cordillera sale el sol suave, que empieza a calentar la tierra fría y a resaltar el olor de la naturaleza. El sol, ahora ardiente, quema todo el día las dunas, las quebradas y los llanos infinitos del desierto. El viento aparece y refresca, los colores cambian. La noche llega de una, como si alguien apagara la luz y encendiera las estrellas. El silencio, como una manta, cubre el desierto.

ELEONORA HUNT TASSO, 12 años, San Pedro de Atacama.

Llueve ¿o no?

Parece que va a llover. Las nubes están puestas como si las gotas fueran a caer en cualquier momento. El cielo está gris con pequeños tonos azules. Las nubes se empiezan a juntar. Todo está en su punto... pero el clima sigue igual, la lluvia no cae, y si es que pasa algo serán unas pocas gotas mojando débilmente el suelo.

ANDREA ECHAGÜE NILO, 18 años, Antofagasta.

Larga noche

De noche iba por la costanera, solo. Era tarde, hacía mucho viento y frío. Me quedé escuchando las abundantes olas del mar y mirando la costa un buen rato. De pronto algo se asomó a lo lejos, algo que pasó tan rápido que en ese momento pensé un millón de cosas. Quedé atento por seis minutos hasta que por fin vi una bella cola y un cuerpo gigante girándose antes de caer. Pasó muy lento, casi rogándome que la notase. Era una orca.

BENJAMÍN CASTILLO UGARTE, 16 años, Antofagasta.

Abrazosaurio

El Juan dice que los dinosaurios no existen. Le conté que encontraste un cocodrilo gigante en el desierto. Me dijo que soy mentiroso y raro. Yo lo miré nomás, no sabe de lo nuestro... Creo que su papá también desentierra rocas, pero no busca animales. El otro día le grité porque rayó uno de mis dibujos. La profe le dijo: «Tranquilo, los Wasperguer son así». Ese ni siquiera es nuestro apellido... En fin, sé que tu proyecto termina en tres meses, dos semanas y un día. Ojalá desentierres pronto al atacamatitán, porque espero con ansias tu abrazosaurio.

CARLOS ÁLVAREZ ARAYA, 32 años, Antofagasta.

Mi abuelita

«Niños, vamos a sentarnos a jugar un rato». Salíamos en las noches de estío, cuando refrescaba el ambiente, y allí, en 14 de Febrero, entre Covadonga y Méndez, la chiquillada del conventillo llenábamos la calle de gritos y risas. Jugábamos al corre el anillo, a la ronda de San Miguel, al corre la guaraca, al talonazo (era muy divertido, si no acertábamos la adivinanza nos debíamos sacar un zapato y recibir un talonazo en el piso, obviamente no muy fuerte). Sabia y cariñosa, mi abuela era un bálsamo a nuestra precaria niñez vivida en un conventillo, arrendando un cuarto triste.

TERESA CÁRCAMO ALFARO, 78 años, Antofagasta.

Mi Antofagasta de ahora

Estoy aburrida, sin absolutamente ninguna posibilidad de salir, tratando de recordar a mi Antofagasta. Mi Mano del Desierto ahora es la maqueta de greda donde la recreé. Mi Portada ahora es medio pan mordido con su forma. Mi terminal pesquero ahora es mi baño con peces de plástico. Mi torre-reloj ahora es nada menos que un reloj viejo de bolsillo de mi abuelo. Ese es mi Antofagasta de ahora...

ANAHIS ASTUDILLO REJIDO, 12 años, Antofagasta.

Viejo cesante

No sé por qué mis amigos de la plaza Colón se rieron cuando dije que me gustaría contratarme en una pandemia, ya que cuando joven había trabajado en una amasandería.

MANUEL GONZÁLEZ CRISTI, 72 años, Antofagasta.

La mar de ropa

MENCIÓN HONROSA

Día de verano, con mucho sol. Me pongo lo primero que encuentro, principalmente mis infaltables chalitas, que encontré a 500 pesos. Cruzo al frente, a un lugar con mucha arena y toldos enormes y me encuentro con la feria de las pulgas. Voy de la mano de mi madre, junto a mi hermano pequeño. En un local nos encontramos con un bulto de ropa. Mi hermano, al verlo, se lanza hacia él. Dice que está en el mar, dirigiendo un barco. Las prendas vuelan, y hay que tener cuidado con tocarlas, pues son tiburones que andan con hambre.

SCARLETT HERMOSILLA GARCÍA, 20 años, Antofagasta.

Nuestro mar

Si sólo conocemos el 5% del océano, ¿qué porcentaje será lo que veo desde mi balcón?

MARTÍN COLLAO OLIVARES, 12 años, Antofagasta.

Cuculí aventurero

PREMIO AL TALENTO MAYOR

El cuculí del barrio se oculta detrás de la cornisa y deja que los niños recojan piedrecitas. Quiere sorprender a la nana, que siempre lo espera y escucha. Ahora sí puedes, además de la melodía, cantar tus historias, cuculí, en avenida Rica Aventura. Sales del condominio seguro y guardas tu instrumento. Te extravías con la garuma fiestera, se dan un remojón entre olas y negros vientos. Recordando el alba en la montaña, después de la juega en las nubes, viejo, vuelves. Ahora tu historia errante y tu canto, aún anciano, como siempre, es esperado.

TITO PIZARRO CASTRO, 81 años, Antofagasta.



AV. OFICINA
RICA AVENTURA
0332 - 0356



ESCONDIDA | BHP
Y FUNDACIÓN PLAGIO PRESENTAN

ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS

¡Participa en la nueva versión del concurso
hasta el 9 de julio de 2021!
en www.antofagastaen100palabras.cl



PRESENTAN

ESCONDIDA | BHP



MEDIA PARTNERS



COLABORA



Universidad
Católica del Norte

